

Luis Arturo Hernández

Los Lobos de la Causa

Budapest, Praga, *Viana...*

Luis Arturo Hernández

Los Lobos de la Causa

Budapest, Praga, *Viana...*

grádo cero [**â**] narrativa

grádo cero [ã] narrativa

© Luis Arturo Hernández, 2006

© Grand Guignol, s. L., 2006

Ilustración de cubierta: Jesús Sanz

Diseño de colección y maqueta: Elena Costa Krämer

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

 grand guignol
ediciones

Gavilanes, 1 – 28035 Madrid
e-mail: grandguignol@telefonica.net
www.grandguignolediciones.com

Depósito legal:

ISBN-10: 84-934428-8-7

ISBN-13: 978-84-934428-8-0

Impreso en España

Utrimque roditur

Carlos, Príncipe de Viana

[1]

La fábula de los tres lobos

Don Carlos con su cuartel real de vascos y de navarros retrocedió a Mirambel y estuvo allí cinco días.

Pío Baroja, *La venta de Mirambel*

El titiritero, anónimo como la mayoría de los del oficio —mercachifles de ilusión, barateros del cuento—, ahuecó el ala con las primeras detonaciones que anunciaban, como cohetes de una ver-bena cada vez más cercana, la avanzada de los liberales.

Con ademán de autómatas embauló en el cajón del trasportín los monigotes de trapo con que ve-

nía representando, de feria en feria, *La fábula de los lobitos y el cordero Pascual*, onomástica —esta última— que se había visto forzado a trocar por la del “cordelero Pascual”, para evitar las suspicacias de los apostólicos, soslayar aviesas y malintencionadas sospechas de blasfemia o sacrilegio y eludir las visitas inoportunas de la Superintendencia en lo tocante a moral y buenas costumbres, en sus andanzas por la inexpugnable Morella —donde estuviera preso Carlos de Viana, Lugarteniente y Gobernador de Navarra— primero, la asoleada Corte de Mirambel —donde resplandecía el astro rey en toda su majestad, entre una fosca constelación de satélites— después, y al fin otras plazas fuertes de la Causa que no lo eran tanto, como aquélla, en la línea divisoria del Ebro, en pleno Principado de Viana, saludada por las salvas de artillería del ejército regular y correspondida con la *Salve, regina* y otras plegarias al Salvador, sin más salvoconducto que poner pies en polvorosa.

De las voces que imitaba el ventrílocuo, más que las de los lobitos negro, blanco o pelirrojo —que improvisaba variando el timbre a través de un acordeón de graves a agudos, del adusto y

recio lenguaje castellano del primero a la algarabía oriental del último—, la más jaleada era la del cordero, perdón, del cordelero, que remedaba el habla de los pastores bobos de las comedietas antiguas —medio sayagués, medio portugués—, muy reída y más aplaudida, que esponjaba las voluntades con agrado, ahuecaba el bolsillo y colmaba la gorra con prodigalidad, que es de lo que se trata.

Y cualquiera hubiera tenido por redivivo en carne y hueso alguno de los muñecos de haber prestado oídos a la conversación de un reencuentro, en el carromato del feriante —sombras gesticulantes, distorsionadas por la lona, de un ñaque de cómicos de la legua—, entre el pasajero que acababa de acomodar sus bártulos de fotógrafo ambulante en la caja del vehículo y el viajero, jadeante y desasosegado, que con el pie en el estribo y una mano en la cartola, se subía en marcha, maletín al hombro, si no fuera porque arreciaba el temporal de la artillería liberal y no le iba a la zaga la réplica que desde el lado carlista parecía querer reventar la nubosidad de la tregua, en lo que prometía ser una batalla campal que auguraba de hecho un tormentoso día.

—*Jó napot kívánok!* —clamó en un arrebató de cortesía magiar el fotógrafo—, Señor López de Landazabalandia —con la grandilocuencia de quien anunciara a un mago.

—¡Qué coincidencia, señor Farkas, qué casualidad! ¿Cuándo salió de Mirambel? —y, mimando una mueca de complicidad, se acercó al húngaro echándole el aliento—. Puede llamarme López, señor Farkas, López simplemente. Ahora con eso basta. —Y se atusó la mosca del mentón como quien espantara el recuerdo de ya lejanas bizarrías.

Se diría que en las guerras la vida madura —y se descompone— más deprisa. Y así algunas frutas de temporada, que caen del árbol antes de tiempo y se pudren en el suelo. Así también cae la hojarasca de los árboles genealógicos del huerto de las casas solariegas, y los plumajes de las cimeras heráldicas de apellidos compuestos, fermentados por el calor del sol, descompuestos por la luz del libre pensamiento.

También caían otras frutas todavía verdes, que se aferraban al árbol de la vida, sacudidas por el depredador, vareadas por el faccioso, y se pudrían bajo la tierra.

[2]

Abí hay un hombre que dice ¡Ay!

—¡Arreando, la *órdiga!* Y no se te ocurra volverte *patrás*, porque no la cuentas...

El juramento retumbó, rebotando en las asombradas paredes de piedra de sillería de los soportales con el trallazo de una pelota en el frontón, y de los arcos góticos del palacio consistorial, como una inmensa arcada, el edificio devolvió a la plaza desierta y agostada por el estío la figura tambaleante del regidor de la noble villa —sombra de ciprés de la aguja disparatada del reloj solar del frontispicio municipal—, entre el amago de bascas y zarandeos de los vascos que, a trompicones

y, más que escoltado, lo empujaban encorchetado, la mueca del pavor estrangulada en la boca, reo entre los capuchones de los verdugos, espectros titubeantes, con volatilidad de tinta, desleídos como sombras chinescas en el lienzo de pared, en contradanza brusca de empellones de los captores y traspies del secuestrado, el garfión de una mano hecha grillete en su brazo derecho, la bocacha de una espingarda buscándole las cosquillas entre las costillas, la mente nublada, horra de ideas, ¡ay, Dios mío!

El excelentísimo Ayuntamiento lo vio desaparecer en un coche de punto estacionado en la rúa aledaña, con el bostezo de hastío del arco principal de su atrio y la abulia de la leal voluntad de la parroquia, entre el sopor y la desgana de un agosto aciago.

Dando tumbos sobre las losetas del empedrado, como si en cualquier momento fuera a abrirse para ellos la losa de una tumba, profanando la paz sepulcral de las villas solariegas a la hora sexta, el intimidado cochero guiaba atolondrado, como alma que lleva el diablo, el vehículo, entre ráfagas de luz cenital de las bocacalles y los remusgados tintes sombríos de los recodos y esquinzos a res-

guardo del sol y el escalofrío de claros y sombras entreverados a través de la venda que cubría los ojos del villano mayor, aprehendido por dos voluntarios de la Intransigencia en un viaje hacia el abismo, entre involuntarios saltos en el asiento por lo irregular del pavimento de adoquín que, a tramos, era el duro eslabón de cantos rodados, y flanqueado por dos salteadores patibularios en el que imaginó su propio cadalso rodante, conducido a la otra vida o, cuando menos, a un porvenir incierto, desde el momento en que el coche se disparó, entrando el tiro por el ojo de la puerta sur del murallón de Villorria, entre chispas y centellas del pedernal de cantos puntiagudos como dientes de perro del piso, enhebrado el látigo del cochero en el ojo de aguja del portón, fuera de la villa, por el camino francés, hacia un rumbo desconocido.

—Arrea, la *oscua*.

—¡Ay!

[3]

Claroscuro de Budapest

EL HOMBRE FLACO.— (...) ¿Sabe usted que hace poco han descubierto en París un modo de hacer retratos con el sol?

Se pueden sacar bien retratos directos o bien los que se llaman negativos. Estos últimos presentan la luz y la sombra a la inversa, y hasta parecen feos y raros. Pero también se encuentra en ellos semejanza, y sólo hay que revelarlos... Si un alma, durante el curso de su vida, da una fotografía negativa, la placa no es rechazada por ello... De estas placas así recibo alguna que yo trato por mi propia cuenta y, merced a medios adecuados, se verifica en ellas una transformación. Las paso por vaho, unto, quemo, limpio con azufre y otros ingredientes, hasta que aparece la placa que se llama el positivo.

Henrik Ibsen, *Peer Gynt*

Ni todo húngaro es artista de circo, ni en cada magiar alienta el furor de un húsar. Zoltan Farkas, pese a su poblado mostacho pelirrojo cuyas guías, al modo de una brújula, apuntaban hacia el septentrión y el mediodía bajo la caja de su rechoncho sombrero hongo; a un terno a cuadros del que pendía inexorablemente a manera del péndulo de un zahorí su reloj de leontina en alpaca, y a los botines de hebillas forrados de borreguillo de tan estrafalaria como pintoresca indumentaria, no había formado parte en su vida de ninguna *troupe* de zíngaros, ni era forzado, y menos hombre-bala, y el supuesto valor de su juventud —edad proclive al ardor guerrero— y sus temerarias simpatías por el anarquismo de bombonera bajo el brazo y pistolón se habían trocado en un respeto reverencial por la vida —muy en especial la propia— y la conservación de la naturaleza —naturalmente, la suya—, que habían hecho desde su abandono del país, y en particular durante el sitio liberal de Mirambel, del «pies, ¿para qué os quiero?» su divisa, y de «poner pies en polvorosa» su única estrategia, conservador en lo tocante a las ideas políticas por mero instinto de supervivencia, hecho a un cosmopolitismo co-

marcal y andariego y a una trashumancia de *escapist* ambulante que hacía del revelado —o revelación— de sus planchas de fotoimpresión el mayor espectáculo del mundo. Le acompañaba, como sambenito de su no muy santo oficio, la consabida fama de tener comercio con el diablo, por las fumarolas que a las buenas gentes se les antojaban sulfúreas, a más de la prestidigitación del alquimista capaz de sacar de debajo de un trapo oscuro, y por arte de birlibirloque, de la nada, el vivo retrato, y como pintado, de la persona expuesta a su ejecución. Eso, sin tener en cuenta el color de alambre de cobre de su cabello, que era en su caso circunstancia agravante. De seguro lo hubieran denunciado a la Superintendencia las más simples de las gentes de aquellos andurriales y lugarejos que solía frecuentar si se hubieran visto, como lo hacía él —oculto bajo el toldillo de paño negro como un mirón—, boca abajo e invertidos, aborígenes de sus improvisadas antípodas, sin que por ello se les moviera ni pelo ni pliegue de la ropa, pero transmutado lo blanco en negro y lo negro en blanco en un auténtico mundo del revés, por no decir de magia negra —o magia blanca—, cada vez que él solicitaba la son-

risa unánime de un grupo alzando, admonitorio y profético al reclamar la atención del respetable, el índice de la mano derecha inmovilizada en un guante blanco de gala propio de un húsar.

Su actividad de ilusionista incluía, por lo común, desde sorches de aire circunspecto acodados en un reposabrazos *ad hoc*, pasando por bodas de plata —sus predilectas, acaso por la simpatía argéntea del baño de las planchas, pues a la alquimia de las de oro rara vez se alcanzaba—, recordatorios de cariacontecida y enfatuada hombría del varón con las manos engarfiadas en el reclinatorio de los hombros de la santa y abnegada esposa, hasta —y de forma ocasional— mujeres alegres de carnes opulentas entre puntillas negras y sonrisas picaronas timándose con el testigo indiscreto de la inmortalización de la carne —fuera sorche o marido infiel—, aunque Farkas no veía el día en que llegara el color y pudiera tener al fin, boca abajo como *El ahorcado* del tarot, el blanco balandrán ribeteado de amarillo con su botonadura a juego de vicarios, nuncios y canónigos, tan amigos de esta inmortalidad terrenal como los brigadieres, coroneles y las más eximias cabezas del generalato de ambos bandos.

Por el momento todo su patrimonio se reducía a los trastos del cajón de fotografiar y las dos planchas, la primera y la última, que había sobreimpreso en toda su vida. Aquella, un anochecer de cielo nevado sobre una ciudad de cremosas fachadas de café y humo —el negativo de una instantánea de la ciudad de Buda, seguramente su último adiós—; la postrera, el retrato ecuestre de un estafermo de alba armadura que blande una clava erizada de puntas, un armatoste de aire furibundo —su faz un sombrío antifaz entre greñas brunas—, por encima del escudo que ostenta el cáliz iluminado del fulgor secreto que en su revelación daría la áurea y sagrada oblea de un testafarro de Dios. Nadie habría podido adivinar, y menos aún en el negativo, insinuada bajo el fantasmagórico sombrerete cónico de un torreón de la muralla de Mirambel, aquella mano de escribiente de don Pedro López de Landazabalandia, en última y precipitada instantánea de Farkas, tan anacrónica y sobrecogedora como un aguafuerte, antes de salir pitando del real del Pretendiente, a calzón quitado, y tomar las de Villadiego, las de Villa Real, las de Villorria, o las que se terciaren, rehuendo siempre el frente a frente con los miqueletes o los puestos de miñones.